



Día Octavo "AZUCENA"



*Una azucena cándida y hermosa
Más no tanto cual tú, Virgen bendita.
Puesto que su hermosura se marchito
Y la tuya jamás, Niña preciosa.*



MISIONEROS DE LA
NATIVIDAD DE MARÍA

Deja que cante, Niña Inmaculada a tu excelsa pureza en este día.

En que viene a ofrecerte el alma mía una azucena suave y perfumada.

Una azucena cándida y hermosa mas no tanto cual tú, Virgen bendita, puesto que su hermosura se marchita y la tuya jamás, Niña preciosa.

Ni puede compararse su blancura con la del alma encantadora y santa, de la Reina que holló con firme planta del dragón infernal la frente impura.

Esa es más limpia que el rocío del cielo, más pura que la luz del sol naciente, más clara que la límpida corriente de cristalino y tímido arroyuelo.

Más casta que la cándida avejilla que sólo vive vigilando el nido; más blanca que el vellón apetejado de la dulce y mansísima ovejilla.

Tu pureza sin mancho es ensalzada por el sonoro río cuando murmura, y en sus gratos murmullos dice: es pura la Niña María Inmaculada.

Pura, pura entre todas las mujeres va repitiendo el eco en la montaña, y del Palacio Real a la cabaña el céfiro nos cuenta que casta eres.

Lo canta el ruiseñor en la enramada y la parlera alondra entre el follaje.

El susurrar del viento, el oleaje, todo nos dice: ella es

Inmaculada.

Toda pura es María gime la brisa.

No tiene mancha alguna, clama el cielo.

y el pajarillo dice alzando el vuelo, es pura su mirada

y su sonrisa.

Más pura que el fulgor de las estrellas de una noche apacible y sosegada.

Más pura que la luz de una alborada y que el perfume de las flores bellas.

Más blanca que la nieve y que el armiño, más blanca que la espuma del torrente, más candorosa que la dulce frente y la sonrisa angelical del niño.

Es inocente, más que la paloma, es delicada cual cristal precioso.

Su semblante es purísimo y hermoso, su cabello despide grato aroma.

Es airosa y esbelta cual la palma, es libre cual cisne en la laguna y con su luz suavísima de luna va alumbrando la noche de nuestra alma.

Todo eso y más nos dice la natura extasiada ante ti, Niña María, gozando en la hermosura peregrina de la Reina del mundo y de la altura.

Bendigo a Dios en ti, Santa Princesa, y cual yo lo bendice el orbe entero, en unión del celeste mensajero que bajó a proclamar tu gran pureza.